

30 DE MAYO DE 1984, FESTIVIDAD DE SAN FERNANDO

Un año más, los amigos de la Ciudad Católica nos hemos reunido para conmemorar la festividad de aquel gran político y católico que fue San Fernando.

Y, ¡cómo no!, empezamos de la mejor manera posible, celebrando todos juntos la Santa Misa en la Iglesia de Montserrat de los Benedictinos. Celebró la Misa el Padre Dionisio Alarcón, O. S. B., quien en su homilía, después de recordar las virtudes de San Fernando, nos habló acerca de la Iglesia. La Iglesia, dijo, tiene la misma misión en todos los tiempos: evangelizar. Y esto, tanto en sus primeros tiempos como ahora, pues, en efecto, el mensaje sigue siendo el mismo, a pesar de que ahora se intente ponerlo en tela de juicio en varias de sus partes fundamentales (divorcio, aborto, libertad...).

Hablando de la Ciudad Católica dijo que sus socios buscan profundizar en las enseñanzas sociales de la Iglesia y, por tanto, aunque sus miembros no son políticos, contribuirán a la labor política, ya que sólo se puede emprender una labor de este tipo desde el punto de vista de la Iglesia, que no es otro que el orden natural. El Evangelio impone al creyente una imperiosa obligación: «Id al mundo entero y predicad el Evangelio». Y como ser discípulo de Cristo supone imitar su manera de vivir, resulta que los católicos no nos podemos quedar con los brazos cruzados.

Pero, señaló oportunamente, no puede existir apostolado alguno sin oración. Y en esto nos puede servir de ejemplo también San Fernando, que siempre tuvo la oración como la reparadora de las fuerzas gastadas por los deberes de Estado y que jamás renunció a ella, pese a tener que sacar tiempo, en ocasiones, de las horas destinadas al reposo.

Por último, el Padre Alarcón señaló que nuestra doctrina es la verdadera porque sólo ella tiene frutos de felicidad eterna.

Al acabar la Misa nos dirigimos al restaurante «Jai-Alai», donde celebramos nuestra tradicional cena de hermandad. A los postres, como ya es habitual, nos dirigieron la palabra Be-goña García-Conde, Juan Carlos García de Polavieja y Vicente

Marrero. Tras unos pequeños problemas técnicos, pudo por fin hablar *Begoña*. En su alocución señaló la triste situación de nuestra Patria en la actualidad debido al desmoronamiento de los valores morales. Señaló que, del mismo modo que cuando un hombre se olvida de Dios consigue perjuicios en vez de beneficios, así cuando un pueblo se separa de Dios no consigue ningún bien, sino al revés. El problema del hombre moderno es que ha renunciado a Dios, comportándose como una máquina programada. Por eso, recordó Begoña, Ciudad Católica busca la formación de élites dedicadas con especial empeño a la formación y a la acción, porque su objetivo final es la sociedad católica.

En su discurso, *Juan Carlos* dijo que si a Dios se le debe todo poder y toda gloria, no podemos menos que obedecer a su Voluntad y tratar de que se respeten sus designios sobre la sociedad.

El edificio cristiano, dijo, ha sido devastado por la Revolución. Pero, en comparación con las invasiones del siglo v que atacaban de frente, ahora sufrimos un ataque interno, mucho más dañino y peligroso. Y por eso sufrimos una caída progresiva desde el siglo xv.

«Este año», dijo, «la Iglesia ha apelado al poder maravilloso de la Redención», es un grito desesperado por salvar la civilización de una doble catástrofe atómica y moral, propiciada por la Revolución a través de dos movimientos fundamentalmente: el ecologismo y la Teología de la Liberación.

Sentimos tristeza por un mundo que se nos va, pero a la vez alegría, porque sabemos que después de él nos aguarda una nueva sociedad. Vivimos, dijo Juan Carlos, en una época que nos presenta el reto de afrontarla con una perspectiva sobrenatural, ya que sólo Dios puede salvarnos en estas circunstancias.

Por último, intervino *Vicente Marrero*, quien hablando de San Fernando y citando a Don Marcelino Menéndez y Pelayo dijo: «¿Quién iba a pensar que un hijo, fruto de un matrimonio incestuoso, llegase a ser el único Rey Santo de España?». Esto, indicó, nos demuestra que «Dios escribe derecho con renglones torcidos», y de ahí la importancia de la fe.

En estos momentos en los que el catolicismo ha sufrido la mayor derrota de su historia no podemos renunciar a la concepción católica, que pertenece a la esencia del español. Pues, según señaló nuestro compañero, todo en España tiene unas raíces tan profundamente cristianas que es imposible arrancarlas todas sin romper en el español todo lo que le puede configurar

como español. Si vivimos este ambiente derrotista es debido a una falsa interpretación de la religión, pero todo a nuestro alrededor sigue siendo religión.

Terminó sus palabras recordando la idea principal de su discurso, que es Dios el que lleva la iniciativa por caminos aparentemente extraños, pero para conseguir, de un modo u otro, los fines que se había propuesto.

Era casi la una de la madrugada y, lentamente, nos fuimos despidiendo. En las mentes de todos los asistentes, por lo menos así lo creo, quedó flotando una vaga comparación entre San Fernando y nuestros actuales gobernantes. Y una oración...

Agustín Losada Pescador.

DISCURSO DE BEGOÑA GARCIA-CONDE DEL CASTILLO

Queridos amigos:

Un año más nos hemos reunido para honrar a nuestro Santo Patrón, San Fernando. La Iglesia celebra hoy, 30 de mayo, la festividad de un Rey Santo que dedicó su vida al servicio de una causa sagrada, y al que su triple faceta de conquistador, gobernante y santo, le llevó en busca de una sociedad cristiana auténtica, de un auténtico Estado Cristiano.

Momentos antes de venir a compartir esta cena de hermandad, hemos estado juntos en Misa, hemos comulgado juntos, y juntos todos, cada uno en su intimidad, hemos pedido a San Fernando, a Nuestro Señor Jesucristo y a Nuestra Santísima Madre por España. Por esta España nuestra que contempla sin el más ligero atisbo de escalofrío, el desmoronamiento de los principios morales con que se había construido la civilización cristiana. Yo estoy segura que a nuestra petición se han unido aquéllos que ahora echamos de menos por haber compartido ayer con nosotros otras cenas y que hoy están celebrando el día con el mismísimo San Fernando. A ellos, seguro, les ha oído mejor que a nosotros. Por eso a ellos nos confiamos.

Pero la celebración de la Festividad no debe quedarse en meros signos externos. Es una ocasión —como algunas más que se nos brindan a lo largo del año— para volver a considerar el norte de nuestra tarea, el sentido de todo nuestro quehacer diario: desde la labor más ostentosa hasta la actividad más insignificante, desde el tiempo dedicado al estudio profundo de una determinada cuestión, hasta el ocupado en la simple conversación con un amigo.

Estamos empeñados en hacer realidad la presencia de Dios en la sociedad y en la subordinación de ésta a su divina doctrina. Estamos empeñados en la conquista espiritual del mundo, y para ello contamos con las armas más eficaces: la oración, el estudio y la acción eficaz.

La Iglesia nos propone la imitación de un Rey Santo, pues la reconquista de San Fernando fue la auténtica reconquista del Reinado